Globethics Repository



Viejas y nuevas razones de la razón gestiva (viejas y nuevas luchas de la emancipación solidaria) [Old and new reasons for congestive reason (old and new struggles for emancipation solidarity)]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Binder, Alberto M.
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-10 20:25:16
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219013

Viejas y nuevas razones de la razón gestiva

(viejas y nuevas luchas de la emancipación solidaria)

Alberto M. Binder

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 aceleraron la disputa o los acuerdos entre las potencias que quieren formar parte de la nueva gestión del «sistema-mundo». En este escenario global, con el fin de la sociedad fragmentada como modelo social al servicio de la desarticulación de toda resistencia, una «sociedad de castas» en el seno de la sociedad mundial será la base social del nuevo orden.

Reflexionar con amplitud sobre hechos tan recientes solo se puede hacer con prudencia –y entonces el lector se aburrirá– o con audacia, asumiendo el riesgo mayúsculo de la equivocación inocultable. Por otra parte, es conveniente dejar claro que nada de lo que nos acontece tiene su causa en los atentados a las torres gemelas, aunque este hecho brutal aparezca como el desencadenante de un nuevo mundo.

Pese a todos los análisis de «fin de época», en unos pocos minutos renació el Estado moderno con nuevos bríos y viejas mañas. La sorprendente vulnerabilidad de las superpotencias y el miedo de sus poblaciones, aceleraron lo que apenas se vislumbraba: el proceso de globalización, como un *factum* provocado por la nueva revolución tecnológica, transcurría por carriles que no eran los más convenientes para las potencias con capacidad de gestionar el mundo. Sociedad global no es lo mismo que orden global. Y lo que ahora discutimos con claridad es el *nuevo orden* que reclama el «hecho» de la sociedad mundial.

Alberto M. Binder: director del Instituto de Estudios Comparados en Ciencias Penales - Inecip; profesor de posgrado en la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad del Zulia (Venezuela); asesor de organismos internacionales y de diversos países latinoamericanos en programas de reforma judicial.

Palabras clave: Estado moderno, Estado supranacional, fragmentación social.

Lo que aceleró el 11 de septiembre de 2001 es la disputa o los acuerdos entre aquellas potencias que quieren formar parte de la nueva gestión del «sistema-mundo». El «mundo musulmán» –sin tener claro lo que ello sea– será solo campo de batalla, ya que no está en condiciones de formar parte del nuevo polo gestor de la humanidad. Más bien se trata de una civilización que, a su manera, desde hace siglos plantea resistencia a ser gestionada desde una «totalidad» construida desde el centro occidental del poder. Hoy por hoy –y todavía– constituye el último sector significativo de la sociedad global que se resiste a aceptar las reglas impuestas por las potencias de Occidente y sus nuevos socios asiáticos (China y Rusia), todos agrupados en el Consejo de Seguridad. Africa y Latinoamérica solo serán espectadores u obtendrán algún beneficio según el grado de lealtad o de obsecuencia, dado que han perdido toda capacidad de resistencia –y la que oponen diversos grupos y movimientos sociales no es por ahora significativa.

la Guerra Fría fue solo un orden transitorio y la posmodernidad una mera ilusión óptica

Suena extraña la afirmación de que los nuevos gestores del mundo debían poner fin a la globalización. Sin embargo, a su aceleración y diversidad, a la tecnología barata y disponible, la apertura de los mercados, la enorme acumulación de riquezas, la sociedad televisada y otros fenómenos similares les faltaba un «orden». Para lograrlo, nada mejor que un viejo instrumento, *el Estado moderno*: artificio político con una enorme capacidad de construir y manejar realidades. Cuando Occidente descubrió el «nuevo mundo» necesitó adaptarse para administrarlo (monarquías absolutas, primera fase del Estado moderno); cuando la Revolución Industrial y el ascenso de la burguesía generaron la posibilidad de «explotarlo» como nunca antes, produjo una nueva adaptación (el Estado bonapartista y el régimen colonial, segunda fase del Estado moderno); y, finalmente, cuando ya no se puede explotar el mundo sin graves consecuencias planetarias y la riqueza acumulada alcanza para que toda la humanidad pueda vivir adecuadamente (es decir, en el momento en que el capitalismo está en condiciones de cumplir su promesa –ilusión– básica, pero también acabaría con su motor esencial, que es generar desigualdad y privilegio) se produce una nueva adaptación y nace el Estado supranacional (tercera fase del Estado moderno). Las sucesivas «crisis de globalización» siempre han provocado «saltos cualitativos» de la modernidad. Ahora queda más claro que la Guerra Fría fue solo un orden transitorio y la posmodernidad una mera ilusión óptica.

En su *Etica de la liberación*, Enrique Dussel nos enseña que la modernidad es el «fruto» de la gestión de la «centralidad» del primer «sistema-mundo», y para

hacerlo debe recurrir a la «razón simplificadora» que reduzca la complejidad del mundo a fin de permitir una gestión eficaz. «Los efectos de esa racionalización simplificadora para tornar manejable el sistema-mundo son quizás más profundos y negativos que lo que Habermas o los posmodernos se imaginan». Del mismo modo, el nuevo orden mundial deberá simplificar la inocultable diversidad que ha producido la nueva globalización. Como el contradictorio «mundo musulmán» con su riqueza, radicalidad, carácter expansivo, historia, pobreza y desigualdad hiriente; con sus contrastes, virtudes, mensajes para la humanidad, violaciones a la dignidad del hombre, monumentos culturales, contribuciones filosóficas, literarias y científicas, Estados sin legitimidad, y su violencia; en fin, una civilización que lucha para no ser simplificada y por eso no es funcional para la nueva etapa de la razón gestiva.

Antes que un choque de civilizaciones lo que está en juego es un nuevo combate entre la diversidad y la nueva simplificación que reclaman las nuevas tareas de la razón gestiva, para ponerle bases firmes al nuevo Estado moderno. Es el fenómeno inverso al de la «cristiandad», que siempre se plegó a las necesidades de la razón gestiva occidental. Pero además de la «nueva simplificación», al centro gestor le era imprescindible resolver un problema económico (el ocaso del patrón deuda) y reafirmar un proyecto social global (la sociedad mundial como sociedad de castas). Para ello, echará manos, sin duda, al Estado tecnopolicial.

La primera necesidad se relaciona con una nueva etapa de expansión del capitalismo. Discutiendo sobre el concepto de capital ficticio en Marx, uno de los personajes de Manuel Scorza en *La danza inmóvil* proclama que la última etapa del capitalismo no es el imperialismo, sino la esquizofrenia. Esto vale para el capitalismo de tipo especulativo que atrapó al mundo en las dos últimas décadas. Pero el problema es más grave aún. Como nunca, la humanidad cuenta con recursos suficientes para lograr el bienestar de todos, pero ha quedado definitivamente claro (¡por fin!)





que el capitalismo no reparte riquezas sino desigualdad, de allí su esquizofrenia: ¿cómo administrar tantas riquezas, manteniendo la desigualdad? Ese es uno de sus principales problemas y lo resuelve con las reglas del capitalismo especulativo, es decir, generando una actividad «ficticia» o «virtual» que produce riquezas que no pueden volcarse sobre lo verdaderamente productivo. Entonces los especuladores deben poder «retirarse» y salir del juego cuando les parezca conveniente. Para ello debe existir un mecanismo que brinde la posibilidad de cambiar la «riqueza artificial» por algo más concreto. Esa función la cumplen los bonos e instrumentos de deuda externa, que le permiten al jugador contar con un papel que nuevamente ingresa al mundo «subvirtual» del capitalismo financiero o productivo. Por eso la deuda externa de los países pobres cumple una función estructural: ella es la «banca» con la que cada tanto el capitalista virtual puede salirse del juego. La deuda externa es la contracara de la segunda dimensión del capitalismo y cumple una función de respaldo. Pero así como el patrón oro tuvo su ocaso, rápidamente se llegó al ocaso del «patrón deuda». Ya los países pobres han perdido toda capacidad de endeudamiento y las relaciones entre la primera dimensión del capitalismo y la segunda (capitalismo virtual, como lo denomina Alexander Schubert) han dejado de ser armónicas. Las crisis de globalización han sido crisis internas del capitalismo. El sistema-mundo necesita otro tipo de orden económico y ha comenzado a gestarse. Pero recordemos que todo orden económico necesita un proyecto social.

Si la «sociedad fragmentada» fue el modelo social «preparatorio», al servicio de la desarticulación de toda resistencia, la sociedad mundial como «sociedad de castas» será la base social del nuevo orden. La fragmentación no es suficiente porque tarde o temprano las condiciones adversas de vida (a través de la política, la cultura o la religión) vuelven a generar lazos grupales, pactos y comunidad. Es decir, la fragmentación no alcanza como proyecto social permanente. Una sociedad global, aun fragmentada, abre las puertas de alianzas impredecibles, de cortes transversales casi imposibles de manejar. Para superar ese modelo es necesario generar barreras más estables, círculos de realidades sin intercambio. La «fortaleza Europa», el nuevo «inside» norteamericano y otros fenómenos similares son el inicio de un proyecto social de castas. Por ahora estará: 1) el Norte y sus sociedades cerradas; 2) las elites de los países «administrados» y sus sirvientes especializados; y 3) los excluidos. Ya no son categorías territoriales, en parte, pero sí serán claras divisiones del orden social. Cada una con sus reglas, su cultura, su violencia y su acceso a la riqueza y el bienestar. Las viejas categorías del eurocentrismo necesitaban ser actualizadas frente a las nuevas tecnologías de comunicación. Es decir, la sociedad de castas es una nueva y más sofisticada forma de gestionar la diversidad, que también tendrá

su reflejo en nuevas formas de sistemas políticos falsamente democráticos.

Una sociedad global, aun fragmentada, abre las puertas de alianzas impredecibles, de cortes transversales casi imposibles de manejar

Por último, no debemos olvidar que el Estado moderno nació como un Estado policial. Nuevas funciones para los ejércitos profesionales, nuevas burocracias y un sistema judicial al servicio del poder concentrado (inquisición). El Estado bonapartista perfeccionó el modelo en los tres planos (modernización de los ejércitos, grandes burocracias estatales y judiciales y la policía urbana moderna). El Estado supranacional recurre a los tres mismos pilares, solo que con un potencial tecnológico inimaginable. El «panóptico» –aquella metáfora de la nueva sociedad de la vigilancia que imaginaba Foucault–, es más eficaz de lo esperado. La vigilancia estatal sin controles, una frontera difusa entre la guerra y lo policial y entre la represalia y el juzgamiento. Un discurso que construye con facilidad «enemigos» y una visión expiacionista que sustenta un nuevo Estado moralizador y por lo tanto sin límites. Viejas mañas del Estado moderno, potenciadas por la tecnología del control, que también se sustenta en un «mercado» ya de proporciones mundiales.

No quisiera finalizar sin una advertencia: a lo largo de los siglos nada ha sido tan lineal ni tan sencillo. El poder absoluto no existe ni existirá jamás, porque se destruye como poder (que es siempre una relación que necesita resistencia). Viejas y nuevas luchas se avecinan: la defensa de las libertades públicas (frente al Estado tecnopolicial), la recuperación de lo productivo y la distribución de riqueza (frente a la esquizofrenia del capitalismo virtual), y la destrucción de las sociedades de castas, no son más que nuevos nombres para «libertad, igualdad y fraternidad»; el viejo contradiscurso de la modernidad que desde el humanismo renacentista, pasando por la Revolución Francesa, hoy se instala en las nuevas filosofías de la liberación. Estas nuevas luchas por la emancipación solidaria deben buscar fortalecer el poder local (frente al Estado supranacional, ya que el Estado nacional ni es refugio ni se opone ya a la nueva realidad del Estado moderno) y deben buscar su lugar en los nuevos espacios políticos globales (democratizar la ONU, procurar que el sistema judicial internacional sea imparcial y no esté al servicio de las potencias estatales y «privadas», y desarrollar todas las redes posibles de fortalecimiento de nuevo «ciudadano mundial» en un renovado internacionalismo), para que las categorías de *excluido*, *migrante*, *enfermo*, *consumidor*, *refugiado* –y una rápida estigmatización de todos los luchadores como *terroristas*– no se conviertan, pura y simplemente, en los nuevos nombres de la humanidad postergada y explotada.